

verdadera, mezclada a la supuesta ciencia, gracias a la cual podían atraer el favor de las divinidades de lo alto y conjurar el odio de las potencias del aire, tuvo sus maestros y sus discípulos: se constituyeron sociedades formadas con períodos de noviciado y grados de iniciación, y poco a poco se estableció así en cada tribu un grupo de privilegiados, tanto más terribles cuanto que a sus trapacerías conscientes o inconscientes mezclaban más conocimiento real de los hechos. El *medicus* latino conjuraba la enfermedad por sus imprecaciones<sup>1</sup>. El brujo algonquin consulta los animales del totem rodeándose de tortugas, cisnes, cornejas y urracas (Schoolcraft); otros se ocultan para hablar directamente con el Dios del Cielo.

Esta institución de una sociedad superior, imaginándose o pretendiendo conocer las cosas del más allá, entregó las poblaciones y las naciones al régimen del terror incesante, porque era inevitable que la casta, subdividida en cofradías secundarias, especulase, aunque inconscientemente, sobre la credulidad de los cándidos, su espanto de la muerte y de lo desconocido para aumentar su poder y su riqueza. Convertida en intermediaria entre los hombres y los espíritus, por deber y por interés tenía que representar a éstos como muy malos para justipreciar su intervención en una tasa tanto más elevada. «El gran Kalita—dicen los brujos de Palaos, hablando del genio que gobierna los insulares—gusta de comer hombres»<sup>2</sup>. Complacerse en derramar sangre, repiten los Taitianos cuando practican sus infanticidios, es «tener entrañas de Dios»<sup>3</sup>. ¿No es también un «Dios fiero y celoso» el amo aislado en el cielo de los Judíos? Y en una augusta indiferencia, Zeus se sienta en la cima del Olimpo para regocijarse con la lucha de esos pueblos perecederos, los Troyanos y Acayos, que se degüellan mutuamente a sus pies<sup>4</sup>.

Ese odio sanguinario, esa terrible envidia de los infinitos genios o del amo de los genios, sólo podía tener un medio único de ser conjurado: el sacrificio. Así como en un incendio destructor de los bosques, el salvaje favorecía el fuego, del mismo modo daba un poco de sangre al dios ávido que quería beberla

<sup>1</sup> Pictet, *Argas*, t. II, pp. 644-645.

<sup>2</sup> Miklukho-Maklay, *Bulletin de la Société de Géographie russe*, 1878.

<sup>3</sup> William Ellis, *Polynesian Researches*.

<sup>4</sup> *Iliade*, XX.

a mares; al menos así ganaba tiempo. Pero donde quiera que la población vivía bajo el terror inspirado por el mago, no bastaba un poco de sangre, se necesitaba mucha y la sed del dios no estaba jamás satisfecha: de ahí el deber para el adorador de sacrificar lo que le era más querido. Antes que el ángel del Eterno detuviera la mano de Abraham, pronto a degollar a su hijo Isaac, muchos otros padres debieron matar sus hijos, dando al temible espíritu las primicias de toda existencia animal que naciera en sus dominios. El padre no podía rescatarse sino por la muerte del hijo. Al este del lago Stephanie, los Boranes sa-



SEPULTURA DE UN JEFE GALO

A sus pies vasijas y pequeños recipientes contienen provisiones y plantas aromáticas destinadas a la curación de las heridas. El cuerpo reposa sobre el carro, del cual únicamente ha respetado el tiempo el cubo y las yantas de hierro.

tisfacen al dios Wak, el «Cielo», abandonándole los hijos nacidos durante los primeros años de matrimonio, cuatro años entre los unos, ocho entre los otros; los recién nacidos son expuestos en la maleza y devorados por las fieras. Después de este período de purificación, los Boranes, convertidos en Rabas, se consideran en paz con su dios: un sacerdote los circuncida y procrean hijos a quienes quieren<sup>1</sup>.

La leyenda de Abraham indica una etapa de la humanidad; simboliza la dulcificación de las costumbres que se produjo en

<sup>1</sup> Maud, *Geogr. Journal*, mayo, 1904, p. 568.

la historia del pueblo judío e hizo sustituir los degüellos y los holocaustos de animales en los sacrificios humanos, pero después de esta época, cuántas veces aun el miedo al dios llevó a los genitores a clavar el cuchillo en el cuerpo de sus hijos. Tanto es así que por las ciudades fundadas por Josué aplastaban en los dinteles de sus puertas los cadáveres de los jóvenes; del mismo modo Agamenon, el «rey de los reyes», ofreció al dios su hija Ifigenia, y Jefé entregó al verdugo la niña que se adelantaba con sus compañeras para recibirla con danzas y canciones. Más aún, el «santo» rey David sacrificó a su pueblo para hacerse perdonar una desobediencia al dios vengador: «Puesto que he pecado contra ti, toma mi pueblo y mata hasta que te hartes».

Sin embargo, no siempre era necesario derramar la sangre de los suyos: la guerra suministraba el medio de apagar la sed de los dioses y los genios, a expensas de tribus o de naciones enemigas, y se ve, en efecto, desaparecer pueblos enteros para satisfacer la venganza de los espíritus encarnizados. Así ofrecieron los Judíos a su Yahveh los habitantes de toda la «tierra de promisión» y en las escasas circunstancias en que, por un movimiento de piedad instintiva o a consecuencia de una promesa hecha inconsideradamente, tuvieron que librar de la muerte a algunos indígenas, se acusaban de ello como de un crimen. Si se puede remontar hasta los orígenes de las sociedades para sorprender en él esta idea de sangre ofrecida en sacrificio a los genios, se comprueba, por otra parte, la supervivencia de ella hasta nuestros días, puesto que después de las batallas los vencedores cantan sus *Te Deum* al dios de los ejércitos.

No existe antigua forma de religión primitiva que, bajo la acción de las mismas causas, no haya persistido más o menos en nuestras civilizaciones modernas. Tal es el culto de las cabezas cortadas que prevaleció entre tantas tribus prehistóricas y que se encuentra todavía entre ciertos Dayaks de Borneo. El salvaje que limita a su propio clan la parte de la humanidad hacia la que tiene deberes morales, se cree obligado en estricta virtud a ir a cortar cabezas en las tribus extranjeras para presentarlas a la mujer que ha escogido o a la tribu que representá: sin asesinato de que gloriarse ni siquiera es considerado como hom-

bre: verter sangre humana es el primer deber de un candidato a la virilidad. Y la educación que ha recibido este hijo del bosque, que no obstante es muy bueno y muy noble con sus compañeros de tribus, ¿no es precisamente la de nuestros jóvenes contemporáneos, a quienes se enseña que es glorioso matar un



BRUJOS SUDANESES INVOCANDO UN ORÁCULO SEGÚN LA POSICIÓN DE LOS PALILLOS Y DE LOS GUIJARROS

Dibujo de G. Roux, según una fotografía.

enemigo, o un negro o un amarillo de cualquier país desconocido? El Dayak se alaba de tener un puñal por antepasado<sup>1</sup>. Así tam-

<sup>1</sup> De Backer, *Archipel Indien*.

bién es un gran honor en nuestras modernas sociedades ser tenido por descendiente de hombres que se han ilustrado por el uso del hacha de armas, del cuchillo o del arcabuz.

El asesinato religioso, inspirado y arreglado en sus detalles por la magia, en muchas ocasiones debía ser acompañado de comidas antropofágicas. Es cierto que el canibalismo puede tener entre los fugitivos como primera causa el hambre, como le ha



ALTAR ERIGIDO EN HONOR DE DIANA

(Museo del Louvre).

causado tantas veces durante el período histórico en las ciudades sitiadas, en las balsas de naufragos perdidas en el mar, en las expediciones aventureras en medio de los hielos, de las nieves o de los bosques vírgenes; pero entre los hombres, lo mismo que entre los animales, esos hechos son excepcionales; se producen, no obstante, en el Africa nigeriana, donde la ciudad de Ibadan tenía aun no hace veinte años, sus mercados siempre abastecidos de carne humana, considerada como simple vianda de matadero. Por el contrario, las comidas en que el hombre se



ROMA - PROCESIÓN RELIGIOSA - SACRIFICIO DE LOS SUOVETAURILIA

Cl. Giraldon

Según un bajo-relieve del Palacio San Marcos en Roma y de la biblioteca de San Marcos en Venecia.

nutre con su semejante por acto religioso son siempre ceremonias que tienen un carácter de nobleza y de gravedad. Si se trata por un guerrero de devorar el corazón o el cerebro de un enemigo para incorporarse el valor y el pensamiento del adversario muerto en la pelea, el acto es importantísimo en la existencia del hombre que por él se dobla en energía física y en fuerza moral.

Pero la manducación de la carne presenta una significación mucho mayor cuando se trata de una víctima más que humana. Parece a primera vista que semejante hecho sea completamente imposible, puesto que los dioses son más poderosos que el hombre; sin embargo, éste, inspirado por la pasión frenética del yo, puede realizar milagros, gracias a la sutileza de los sacerdotes. Suele ocurrir que en los peligros supremos de una nación, las víctimas ordinarias de los sacrificios, buey o cordero inmaculado, hermosas doncellas, bellos y perfectos mancebos, no basten a conjurar la cólera del dios, y en este caso ha sido preciso ofrecerle hijos de reyes, los reyes mismos y hasta hijos de Dios: los fieles condenados en principio sin posibilidad aparente de remisión, pudieron así renovar su carne y su sangre por la carne y la sangre de un dios, que muere, pues, para resucitar en seguida; que se da en sacrificio, pero que resurge como juez soberano de vivos y muertos.

Así todas las religiones actuales que se presentan bajo formas tan diversas y tan complicadas en apariencia, derivan por igual de esa primera necesidad que atormenta al primitivo: tiene sed de comprender, o al menos de tener una explicación, verdadera o falsa, de los fenómenos de la Naturaleza, de los problemas de la muerte y del más allá. En los espíritus sinceros esta necesidad de saber se presenta bajo una forma pura y da una gran nobleza a la evolución religiosa: la investigación de la verdad se une a la bondad del corazón y a la profundidad del pensamiento. En los antiguos tiempos como en nuestros días, quizá de una manera más vaga pero no menos apasionada, habría hombres que tendrían el sentimiento, aunque oscuro y lejano, de que existían causas generales determinantes de los innumerables hechos aislados y distintos<sup>1</sup>; en el caos de lo fi-

<sup>1</sup> Max Müller, *Origine et Développement de la Religion*.

nito sentirían un infinito al que querrían dar nombre, y bajo cuyas mil manifestaciones buscaban un lazo de unidad, que constituye una especie de monoteísmo y de panteísmo a la vez. Otra fuerza obraba aún en el hombre para hacer de él un ser religioso, el amor, que le inclinaba hacia todo ese mundo exterior que goza de una vida análoga a la suya, hacia los manantiales y los arroyos, los árboles y las rocas, los montes y las nubes, el cielo resplandeciente, la aurora, el crepúsculo, el amplio sol y todos los astros diseminados en el espacio.

La evolución religiosa debía, por el desarrollo mismo de sus causas, llevar al hombre a una singular ilusión. *A Jove principium*, dice el proverbio. Nada más falso. Son los hombres quienes han creado las divinidades haciendo de ellas los jefes y los sacerdotes, instituyendo jerarquías, subordinando los débiles a los fuertes, los pobres a los ricos, los cándidos a los astutos, pero armando también a los oprimidos con el sentimiento de la rebeldía. La sociedad imaginaria de los cielos corresponde a la sociedad real de la Tierra, y cuando las naciones tuvieron reyes que aspiraban a la monarquía universal, crearon al mismo tiempo el dios soberano que dominaba desde el empíreo a los hombres y a los genios. A todas las oscilaciones de la humanidad respondía un movimiento de la misma naturaleza en el mundo de los dioses: la elevación y la decadencia de los amos de la Tierra se doblaba en el espacio de la exaltación y del obscurecimiento de las divinidades de lo alto, porque la imaginación de los hombres se modela siempre sobre la realidad.

Mas por efecto de la persistencia de las instituciones, de la duración de las tradiciones, del hábito de las prácticas hereditarias, todos los que se beneficiaban por el antiguo estado de cosas trataban de prolongarle más allá del tiempo normal, y así se explica que reyes, sacerdotes y sus parásitos se hayan empeñado en conservar las imágenes que sus predecesores habían creado en los cielos, en perpetuar las ceremonias religiosas y todos los convencionalismos morales que de ello se derivaban.

El consentimiento unánime de millones y millones de hombres durante muchas generaciones sucesivas, acabó por dar a vanas representaciones solidez concreta, y, llegado el momento del pe-

ligro, cuando los amos recurren a los dioses, sus criaturas, el llamamiento de los poderosos de la tierra a los poderes del cielo no queda sin eco, porque el conjunto de toda la organización política y social a que los dioses pertenece constituye un todo solidario que acciona y reacciona por todas partes, unas sobre otras: los reyes han entronizado los dioses, y éstos, en compensación, prolongan la duración de las monarquías y de las iglesias.

Toda religión se hace una ética para su uso, o por mejor decir, toma del fondo común a todos los hombres las reglas de conducta que le conviene prescribir, de lo que resulta naturalmente que los intérpretes de todo culto se tengan por los creadores de la moral: y se lo imaginan con tanto más motivo, cuanto que brujos y magos, explicando a su antojo las voluntades de lo alto, se han atrevido también a constituirse en ejecutores de esas voluntades; después de haber sentenciado las penas, se complacen en aplicarlas o en hacerlas aplicar por sus fieles: justicieros por las palabras, quieren serlo también por los actos. En los tiempos originarios de la vida de las naciones, antes que los fenómenos de diferenciación se realizasen en las funciones sociales primitivas, vemos comúnmente confundirse las autoridades en la misma persona, sacerdote o juez.

Pero aunque se imaginen por el pensamiento vivir como seres superiores, de naturaleza divina, fuera de la sociedad ambiente, los magos y los jueces no dejan de ser hombres como los demás, que toman ideas y preocupaciones de la herencia ancestral. Como castigo a los que quieren castigar, comienzan por ampliar la pena del talión, es decir, un sufrimiento o una privación idéntica a la producida, herida por herida, enfermedad por enfermedad, muerte por muerte.

Existe muy acreditado el error de identificar el talión con la venganza: un castigo idéntico a la falta pareció muy equitativo al principio, y hasta en el mismo condenado pudo confundirse su idea con la de la penitencia: el pecador arrepentido halla justo castigarse o ser castigado de la misma manera que pecó y en la medida de su falta<sup>1</sup>.

1. G. Tarde, *Les Transformations du Droit*, págs. 18, 21.

La venganza, el «golpe por golpe» de los niños, no es el único punto de partida de la evolución penal. Según Tarde, este origen, aunque el más aparente, es de valor secundario: su génesis parece ser el castigo doméstico, correspondiente, por una parte, a la censura, por otra al remordimiento.

A esta pena del talión, relativamente aceptada como justa, porque no era comprendida, ¡cuántos otros castigos, hasta el tormento y la muerte, fueron infligidos por violaciones verdaderas o supuestas de la moral por los detentadores del poder político y religioso!

El precepto fundamental del derecho imaginado por los que de él se beneficiaban, consistía en apropiarse virtualmente la verdad, la justicia, y, en recompensa, atribuirse la posesión real de los bienes terrestres. Tal es una de las principales causas de esa institución que se ha llamado el *tabu* en las islas oceánicas y que se designa bajo tantas otras denominaciones, especialmente leyes, deberes y convencionalismos en el resto del mundo. Prohibición absoluta al vulgo, a la turba de profanos y de súbditos, a veces a las mujeres y a los hijos, bajo pena de multa, de prisión, de suplicios, de tocar a las frutas y manjares reservados a la mesa de los superiores, de participar en los placeres de los grandes, de elevarse hasta el conocimiento de las revelaciones supremas. La desigualdad era el resultado humano de la apropiación de las riquezas, de la fuerza del poder; era preciso además darle una sanción divina, hacer de ella una de las fases del Universo.

En todo caso, la religión, la «revelación de lo alto», nada tiene que ver con el sentimiento innato de la justicia, derivada enteramente de la moral, concepción de las reglas que han de seguirse en las relaciones sociales.

Por efecto de esa ilusión de óptica que se produce lo mismo en el mundo moral que en el material, los hombres suelen equivocarse sobre el sentido real del movimiento cuando ellos mismos y el ambiente cambian de lugar en sentido inverso: se creen inmóviles e imaginan que la Naturaleza huye. Dan un carácter de permanencia dogmática a sus ilusiones religiosas, contrastándolas con la conducta de la vida que suponen esencialmente in-

cierta y desprovista de recta moral. Lo contrario es lo cierto: la moral existe por el hecho mismo de que esos individuos, animales u hombres, viven en sociedad, mientras que las religiones, refiriéndose sólo a lo desconocido y no viviendo más que de alucinaciones e hipótesis, son un fenómeno secundario en el desarrollo general de los hombres.

Es muy cierto, no obstante, que en el curso de su duración las religiones reaccionan muy enérgicamente sobre la conducta de los hombres que las profesan: dirigen las pasiones humanas conforme a sus dogmas y a los intereses de su culto, y lo que llaman especialmente «moral» es la práctica de la vida que mejor les conviene.

Ahora bien, los actos del hombre varían infinitamente con el impulso de sus instintos y de sus atracciones; oscilan entre los extremos, teniendo por móviles de una parte, el amor y el sacrificio ilimitado, de otra, el furor del odio y de la venganza. «¡Cuántos males ha podido suscitar la religión!» dijo el poeta. La religión añade ferocidad doble a la ferocidad primera, así como en ocasiones exalta la ternura hasta el delirio. Con las diversidades de los medios, de las condiciones, de las herencias de odio legadas por la guerra, contribuye a diferenciar las morales particulares de nación a nación: «¡Verdad aquí, error allá!»

Pero si se toma la palabra «moral» en el sentido restringido—el más usual—de conducta absolutamente conforme al altruismo, es cierto que la religión no ha podido ejercer sobre ella ninguna acción, como no sea para oscurecerla o desnaturalizarla, perturbando las relaciones naturales entre los seres vivientes. Estas relaciones son primordiales: la moral altruista es tan antigua, más antigua aún, que la humanidad.

Verdad es que los animales no han podido repetir las famosas reglas formuladas por Budha, Confucio o Cristo: «No hagáis a otro lo que no querriais que se os hiciera» y: «Haced a otro lo que deseáis que se os haga». Pero si no tenían la palabra para predicarse esta moral los unos a los otros, han sabido practicarla. La adhesión absoluta, el sacrificio de la vida por

el ser amado o por la comunidad de parientes y amigos, se encuentran en la historia ordinaria de muchos grupos animales, desde el hormiguero al nido y desde la covada a las familias superiores. Como dice perfectamente un historiador filósofo, «la equidad y la bondad son las dos columnas del equilibrio moral; semejantes a aquel olivo con que Ulises hizo el pie de su tálamo nupcial, arraigaron cuando nació la primera tribu, y ninguna tempestad los desarraigará»<sup>1</sup>.

Es incontestable que la ayuda mutua fué desde el origen uno de los más poderosos factores del progreso. ¿No es verdad también que en estas últimas décadas asistimos a la transformación del mundo antiguo en un mundo nuevo para cuya creación la Ciencia se asocia hasta los radiantes celestes y une a sus propias fuerzas las del Universo?

La ayuda mutua, en toda su amplitud, tal fué, en medio de los infinitos peligros de la existencia primitiva, la salvaguardia de los desgraciados y de la raza misma. De tal manera ha necesitado el hombre la ayuda mutua que, solitario, se crea dos personalidades que se interrogan y se responden. Vivos los unos para los otros, aunque sacando la fuerza inicial de nuestro propio individuo; pretensión cándida, infantil, o quimera de desesperado fué siempre querer, cada uno por sí, bastarse a sí mismo. Puesto que las condiciones mismas de la vida lo exigen, la estrecha solidaridad de hombre a hombre, es decir, la moral humana en su esencia, fué practicada siempre, no sólo entre los que están en estrecho contacto, sino también entre los muertos y los vivos; entre los que recorren su carrera consciente y los que no existen aún.

¡Qué precepto moral puede exceder en fuerza y en amplitud al dicho recogido por Radloff entre las poblaciones salvajes del Altai!: «¡Cuando vayas a morir, no tires tu pan; antes de abandonar un campo, siémbrale!»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> H. Vambery, *Sittenbilder aus dem Morgenland*, pág. 314.



## DIVISIONES Y RITMO DE LA HISTORIA

*Cada estremecimiento terrestre  
corresponde á un balanceo de los cielos*

### CAPÍTULO VI

EL SOL LEVANTE Y EL SOL PONIENTE  
MERIDIANOS INICIALES.—CONVERGENCIA Y DIVERGENCIA DE LAS RUTAS.  
MARCHA DE LA CIVILIZACIÓN

REMONTANDO en el pasado tan lejos como nos lo permite la perspectiva de los acontecimientos conocidos ó descubiertos por los sabios modernos, se observa y se comprueba que, hasta una época reciente, la mayor parte de la superficie terrestre estaba dividida en áreas étnicas aisladas las unas de las otras, ó al menos bastante distintas para que la coherencia geográfica del territorio quedase ignorada de los mismos habitantes.

Ninguna tribu de la América del Norte tenía la concepción de un continente que se extiende desde el archipiélago polar hasta las tibias